

CAMBIO DE AIRES

En los tiempos que la tuberculosis producía tantos estragos, se hablaba mucho del cambio de aires, tanto por los médicos como por las familias. Tal vez, como pasa con otras cosas, fueran los médicos los causantes, porque los especialistas del pecho como D. Antonio Espina, Codina y otros famosos de su tiempo, acreditaron lo de Panticosa donde según Espina y Capo se colgaba un lomo de ternera al aire libre y en lugar de pudrirse se hacía mojama.

La dichosa enfermedad causó en Alcázar muchos quebrantos y es natural que se hablara con frecuencia del cambio de aires, pero no siempre con los mismos motivos ni por idénticas causas.

Se conoce el caso del Jaro el Tambor, lo conoce quien lo conoce, uno de los representantes más caracterizados de la socarronería alcazareña.

El Jaro era la encarnación más genuina de nuestras fiestas tradicionales. El y el abanderado recorrían las casas de todos los mayordomos por los diferentes barrios del lugar anunciando la fiesta y requiriéndolos para que acudieran a la junta, tanto en la fiesta como en la reseña y en la octava.

En ningún momento ni residencia escaseaban los zurrillas ni las tortas de manteca, pero el Jaro tenía otras obligaciones principales como la de ser el subastador de la rifa en competencia con Benigno el carbonero que era el non-plus de la rifa de Jesús, pero con los mismos modales.

Dos reales dan, decía en la rifa de San Antonio, por este pollo tomatero que es como la manteca de tierno, dos reales, dos reales por una fritanga que llenará la sartén de tajadas. ¿No hay quien de más?. Dos reales, señores, poco es. Doce perrillas ofrece Masi-pica, pero vale mucho más este pollo de la capa dorada que ni canta todavía y se roncharán hasta las ternillas.

Borracho, borracho, no se puso nunca el Jaro el Tambor, pero una gotilla de más la solía tener, sobre todo esos días de la rifa que requerían humedecerse la boca para pregonar y bromear animando a la gente.

Llegaba cansadísimo a su casa y un día entró y se dejó de caer atravesado en la cama. La mujer al verlo quiso echarlo del todo, para ponerlo a la larga, pero él la corrigió diciendo:

—Déjame, Casilda, que bastante tiempo he dormido a solano que hoy lo haga a ábrego.

SOPLO Y SORBO

En la época de las estrecheces que se han pasado y quiera Dios que no vuelvan, fue a cenar el Jaro y, la mujer puso la sartén de patas sobre el baleo con un huevo frito, al pie del fuego.

Partió el hombre unas rebanadas de pan como picatostes. Entró la primera en la sartén cargando en ella el huevo entero y se los comió de un bocado.

Relamiéndose al acabar de tragárselos le dijo a la mujer que lo estaba mirando.

—Ya hemos cenado, Casilda. Vámonos a acostar.